

FRANCISCO J. RODRÍGUEZ

*El enigma de la
Espada de san Pablo*



ALMUZARA

Primera edición: mayo de 2018

© FRANCISCO JOSÉ RODRÍGUEZ DE GASPAR DONES, 2018

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2018

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN ENIGMA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

Edición de ANTONIO DE EGIPTO

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com — info@editorialalmuzara.com

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-17418-26-7

Depósito Legal: CO-731-2018

Hecho e impreso en España — *Made and printed in Spain*

*A mis padres, por su apoyo
A mi mujer, por su amor
A mis hijas, por ser todo*

Índice

¿Dónde está la espada de San Pablo?	9
Introducción	13
1. La espada que obsesionó a Franco.....	25
2. Nerón y la decapitación de San Pablo	39
3. De Gil de Albornoz a la Sisle.....	51
4. El convento de la venerada reliquia	61
5. En los libros de historia desde 1551	77
6. El insólito grabado de Quevedo.....	89
7. Las tropas napoleónicas lo quieren.....	101
8. Desamortización y llegada intramuros	113
9. Marañón, Galdós y el alfanje paulino	125
10. Guerra Civil, asalto al convento.....	137
11. El Comité de Defensa del Patrimonio.....	149
12. El misterio del pozo	163
13. ¿Providencial hallazgo?.....	177
14. El grabador al que Franco pedía «cosas raras»	191
15. Un texto oculto es desvelado	203
16. Franco y Tarancón	219
17. Del Pardo a Canto del Pico	235
18. El último caballero mozárabe	247
Epílogo: Forjar una leyenda.....	259
Bibliografía.....	265

¿DÓNDE ESTÁ LA ESPADA DE SAN PABLO?

Como imagino que le sucederá a muchos de los que se acerquen al tema principal de estas páginas, la historia del llamado «Cuchillo de Nerón» o «Espada de san Pablo» era para mí algo totalmente desconocido. Fue Iker Jiménez quien me habló por primera vez de ella y quien me apremió para que me pusiera en contacto con Francisco Rodríguez, periodista toledano, que le había contado recientemente y en primera persona su historia. Así conocí a Francisco, autor de este libro. Un gran investigador y mejor persona que es capaz de entusiasmarse con su trabajo a pesar de todos los inconvenientes y obstáculos que pueda encontrar en el camino y, especialmente, poder contagiar esa emoción. En mi caso no fue complicado subyugarme. La Espada de san Pablo lo tenía todo. Misterio, magia, enigmas históricos y, especialmente, quizá lo más atractivo, el encanto con el que cuentan esos relatos que, a pesar de su fuerza, desgraciadamente son desconocidos.

Imaginemos una espada que la tradición identifica con la que Nerón empleó en el siglo I para decapitar a san Pablo. No entremos en detalles de si es coetánea o no, su tipología, etc. Una espada que por los avatares del destino acaba en la ciudad de Toledo en pleno Renacimiento. A lo largo de los siglos se convierte en un objeto de culto, procesionado y venerado especialmente a principios del siglo XX por un jovencísimo Francisco Franco, quien acabaría obsesionándose con ella, convirtiéndola en una suerte de objeto de poder hasta que se perdió en extrañas circunstancias durante la Guerra Civil, perdiéndose al mismo tiempo su recuerdo y, casi, su propia existencia.

Era una historia que teníamos que contar a nuestros espectadores del programa *Cuarto Milenio*. Después de preparar el viaje para grabar el reportaje, conocí a Francisco la mañana del 1 de febrero de 2017. Habíamos quedado frente al convento de las Jerónimas de Toledo, lugar al que él mismo había donado una réplica de la ya célebre Espada de san Pablo. Gracias a su intermediación, las religiosas nos atendieron de una forma que nunca olvidaremos mi compañero, el cámara Marcos Macarro, y yo mismo. No pusieron ningún reparo a que grabáramos las estancias del convento. Además de la réplica de la espada que se encuentra en el altar de la iglesia, teníamos especial interés en ver el pozo en cuyo interior la tradición decía que había sido arrojada la espada en la Guerra Civil. Fue toda una aventura sumergir una cámara preparada para el agua y sentirse una suerte de explorador del tiempo y ver, casi en directo, qué era lo que había debajo de ese suelo con tantos siglos de historia.

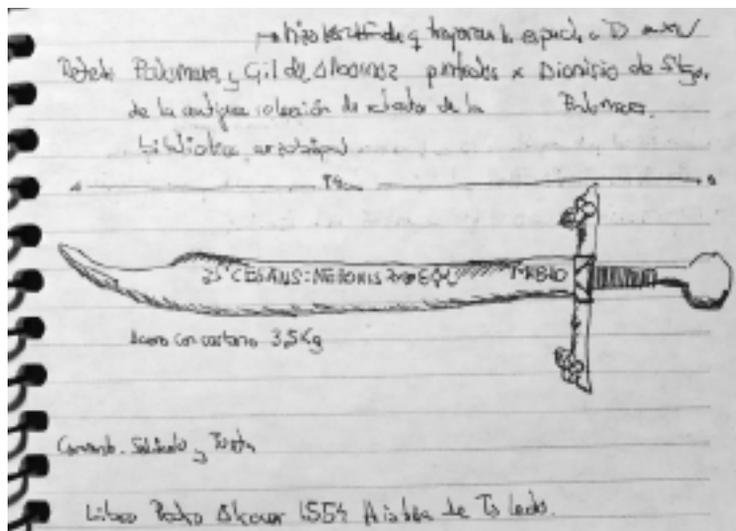
No es la primera vez que digo que la historia de las obras de arte no acaba en el momento en el que el artista las da por terminadas y abandonan su taller. Como ha sucedido con otros objetos que han marcado la vida de personajes o pueblos, son miles las vicisitudes que pueden convertir lo que podría ser la existencia tranquila de una pieza en una vida azarosa y casi siniestra. Por esto mismo su historia no acabó al salir de la forja del maestro espadero que la creó hace siglos sino que aún está por escribirse. Podría haber terminado en cualquier relicario de una gran iglesia de Occidente, siendo venerada por una multitud de fieles y peregrinos ávidos de tocar y ser testigos de un objeto sagrado. Sin embargo, su misterioso origen y, sobre todo, el que desapareciera en las circunstancias en las que lo hizo, para ser venerada y buscada con ahínco por Franco, le han otorgado una pátina de misterio absolutamente única que supera con creces cualquier tipo de mito que pudiéramos imaginar.

Y es que, aun habiendo desaparecido, de alguna forma sigue estando ahí; en viejos grabados, testimonios de los últimos testigos que la vieron y de la historia secreta de España. Todo ello hace que todavía contemos con infinidad de interrogantes y enigmas que resolver. Su misterio es capaz de

atrapar a cualquiera que se acerque a intentar desentrañarlos, sumergiéndote en un pozo de historia y arqueología que, como me sucedió a mí, te lleva por los senderos más emocionantes del pasado más reciente.

La crónica que se pueda hacer de la Espada de san Pablo es increíblemente mágica. Estoy seguro de que la inmensa mayoría de los lectores que buceen en su pasado serán, como yo, escépticos en cuanto a su naturaleza. Nadie creerá que fue la espada con la que Nerón decapitó a san Pablo en el siglo I. Ni siquiera creerán que es una espada del siglo I. Una reliquia de ese valor no podría conservarse. Pero como sucede con todas las reliquias, lo importante no es su origen, sino en qué la han convertido los hombres y mujeres a lo largo de los siglos. No hay fuerza más poderosa que la de las emociones humanas. Por lo tanto, no pensemos en que fue la espada que decapitó a san Pablo. Quitémonos esa idea de la cabeza... ¿O quizá sí lo fue....? Francisco Rodríguez tiene la respuesta en estas páginas.

*Nacho Ares
En la casa de la princesa
Madrid 19 de enero de 2018*



Dibujo realizado por Nacho Ares en su cuaderno de campo durante la realización en Toledo del reportaje para el programa *Cuarto Milenio*.

INTRODUCCIÓN

SE BUSCA EL CUCHILLO CON EL QUE FUE DEGOLLADO SAN PABLO

*«La ciencia debe comenzar con los mitos
y con la crítica de los mitos»*

Karl Raimund Popper

Las leyendas y la historia están unidas. Se retroalimentan. La historia se encarga de estudiar y contar los acontecimientos y hechos del tiempo pasado. Tiene principios y métodos, unas metodologías cambiantes según las escuelas y el paso del tiempo. A pesar de todo, es difícil cuanto más se adentra uno en el pasado, y se borran los testimonios y los testigos, poder diferenciar las barreras de dónde acaba la historia y empieza la leyenda. Dónde se sitúa el mito y dónde los hechos verídicos. El símbolo, por su parte, es distinto, permanece en su forma pero sus interpretaciones pueden modificarse.

No es raro ver cómo muchos mitos y leyendas cuentan con símbolos que les han permitido perdurar en el tiempo y ganarse un puesto de privilegio en la historia. Los símbolos son muchas veces más fuertes que las palabras. El Santo Grial o el Arca de la Alianza son pruebas perfectas de ello. Otra cosa es que el mensaje original que quisieran transmitir haya permanecido inalterable a lo largo de los siglos.

La reliquia conocida como el «Cuchillo de Nerón» o la «Espada de san Pablo» es un buen ejemplo de cómo entron-

can leyenda e historia. Un objeto físico que sirve para dar base a un acontecimiento, real o no, la decapitación de Pablo de Tarso, que es aprovechado para narrar una historia, como la del origen del cristianismo y su persecución religiosa, y termina encarnando una obsesión, como la que proyectó sobre aquella pieza el general Franco, que creyó ver en ella una auténtica entidad de poder que le ayudaría en su «sagrada misión» de «guiar a la patria».

Se trata de una reliquia perdida, por dos veces buscada y jamás hallada. Una espada, sagrada para muchos, con una historia fascinante a sus espaldas y un increíble halo de leyenda. Historia de la que ha quedado memoria porque es un objeto real, muy documentado a lo largo de los siglos y que centró el interés de personajes tan diversos y distantes en el tiempo como Francisco de Quevedo, Benito Pérez Galdós o Gregorio Marañón. Incluido el ya citado Francisco Franco, que se encargó con su obsesiva búsqueda de encumbrar, a escala local, la Espada de san Pablo hasta ponerla a la altura de otros objetos de poder como los que sus aliados nazis buscaron por todo el mundo.

Una leyenda, porque es un auténtico símbolo sagrado al que se le atribuyen capacidades sobrenaturales. Un arma presuntamente encargada de segar la vida de un santo. Y una reliquia, como puede ser la mismísima Lanza de Longinos, la que presumiblemente atravesara el costado de Jesús en la cruz y que Hitler ansió poseer a toda costa, que con la ejecución se impregnó de palmarias cualidades milagrosas. Espada y lanza estaban marcadas con la creencia de que ambos objetos se caracterizaban por una sobresaliente omnipotencia, por poseer la cualidad de místicos, una característica que les convirtió en foco de atención de dos dictadores que creían firmemente en sus poderes. La prueba más verosímil de que así fue quedó reflejada en todo el esfuerzo invertido en buscarlas y poseerlas.

Toda historia tiene un comienzo y es sabido que la narración popular siempre mezcla hechos reales y fabulados. Pero pocas veces existen tantas certezas como las que rodean a lo que sería la historia de este objeto particular, vinculado

desde antiguo a Toledo y conocido a lo largo de los años indistintamente como la Espada de san Pablo, el alfanje paulino o el Cuchillo de Nerón.

La denominación no es baladí. El arma en cuestión llegó a Toledo con la atribución de que con ella se había degollado al apóstol Pablo, una muerte que la historia atribuye al emperador romano Nerón. La antigua tradición cristiana testifica que la muerte del propagador de la doctrina, mejor conocido como apóstol de los gentiles, tuvo lugar en Roma entre el año 67 y el 68 después de Cristo. Su martirio se narra en los Hechos de Pablo, escritos hacia finales del siglo II. Ahí se señala que el emperador Nerón lo condenó a muerte por decapitación. Era ciudadano romano y no debía ser azotado ni crucificado, pero sí podía condenársele a muerte por traición después de ser procesado en Roma. La imaginación se encargó años más tarde de recrear el martirio, incluyendo el arma que extinguió su vida: una espada.

Pero, ¿cómo llegó el arma a la ciudad de Toledo? ¿Quién la trajo? ¿Por qué? ¿Dónde está ahora?

A lo largo de las próximas páginas intentaré aportar algo de luz a esta increíble historia. Expondré el origen del mito, analizaré el tipo de arma elegida para ser un auténtico símbolo del cristianismo y trazaré su camino desde Italia hasta el centro de la península ibérica. Trataré de aportar certezas a un periodo muy antiguo del que no ha quedado rastro documental alguno sobre la espada hasta llegar a mediados del siglo XVI, momento en el que el Cuchillo de Nerón aparece en los libros de historia para no abandonarlos ya jamás. Citaré las obras más importantes en la que está reflejado, en las que siempre se destaca como «venerada reliquia» y el interés que suscitó a lo largo de los años en los hombres más poderosos de su tiempo. Todo hasta llegar a su misteriosa desaparición, durante la Guerra Civil, para terminar con las investigaciones llevadas a cabo en los últimos años por quien escribe estas líneas. Testimonios e investigaciones inéditas que aportan más misterio si cabe al antiguo halo, pero que abren a su vez algunas hipótesis que prometen no dejar a nadie indiferente.



Portada del periódico *El Alcázar* del 3 enero 1950.

El 3 de enero de 1950 el diario *El Alcázar* titulaba en su portada: «Se busca el cuchillo con que fue degollado San Pablo». El antetítulo era más clarificador, si cabe: «En un convento de Toledo». La prensa no dudó en recoger tan inusual acontecimiento, haciendo una leve referencia a que el cuchillo lo trajo el cardenal Gil de Albornoz a Toledo, aparte de aclarar lo que ocurrió con la reliquia durante la Guerra Civil, en lo que es hasta la fecha una creencia fehacientemente aceptada de lo sucedido. Pero eso no quiere decir que sea la verdad.

Ahora, 68 años después de ese titular, otro periodista, el que escribe estas mismas letras, trata de recoger el testigo y retomar tan singular búsqueda. Juntando las piezas del puzle, recorriendo el camino que antes ya iniciaron historiadores de reconocida trayectoria, para reconstruir la apasionante historia de este objeto de poder y recuperarla para el acervo toledano, cuando ya pocos en la ciudad recordaban su leyenda.

El personaje que presuntamente se encarga de traer la Espada de san Pablo a Toledo es una sobresaliente figura en la historia española. Se trata del cardenal Egidio Álvarez de Albornoz y Luna, más conocido como Gil de Albornoz, que fue arzobispo de Toledo entre 1338 y 1350, y cuyo sepulcro ocupa un lugar destacado en el centro de la capilla de San Ildefonso de la catedral primada.

Las crónicas de la época narran que Gil de Albornoz, fundador del Real Colegio de España en Bolonia, llevó a Toledo la presunta espada con la que fue degollado san Pablo, directamente desde Roma, como un regalo del papa Urbano V. El santo padre, que figura en el orden de sucesión a la silla de Pedro con el número 200, mantuvo una estrecha relación con Albornoz; no en vano, éste había renunciado a la pugna por la tiara allanando así su elección. Un favor nunca olvidado por el pontífice.

Las armas eran un elemento cotidiano para un hombre como Albornoz. Con 28 años, antes de ser nombrado arzobispo de Toledo, ocupaba el cargo de arcediano de la Orden de Calatrava. Su doble faceta de militar y religioso lo llevó a combatir en la cruzada europea en Algeciras contra los benimerines del reino de Fez y, sin duda, su experiencia bélica sería determinante para que Clemente VI le diese el mando del ejército papal en 1350. Viajó desde Aviñón, sede francesa del papado, con la misión de recuperar los Estados Pontificios. No fracasó, y su figura resultó determinante en la configuración del actual Vaticano.

Gil de Albornoz murió el 24 de agosto de 1367 en Viterbo. En el año 1371 se decidió el traslado de sus restos hasta Toledo en un cortejo que atravesó Italia, Francia y España, en el que hasta el propio rey Enrique II de Castilla se encargó de por-

tar el féretro. En su testamento se detallan sus posesiones y las donaciones que hizo, tanto a Toledo como a Cuenca, de donde era oriundo, pero no figura ninguna referencia a una espada, la cual sirvió para decapitar a san Pablo, por lo que es complicado datar cuándo arriba ésta a Toledo.

El historiador toledano Antonio Martín Gamero, en su libro *Los Cigarrales de Toledo* (página 71), hace referencia a Albornoz como poseedor del cuchillo hasta que lo dona al convento de la Sisla. Lo denomina «preciosa reliquia» y resultó tan inestimable que el cardenal lo regaló a la catedral con otras muchas cosas que trajo de Roma.

La reliquia terminó en manos de los monjes jerónimos del convento de Santa María de la Sisla, situado extramuros de la ciudad, más o menos a un tiro de bala, en el camino de Cobisa. Desde entonces, queda registrado, tanto por el historiador Martín Gamero como por Sixto Ramón Parro (*Toledo en la mano*, tomo II, página 13) y por Rodrigo Amador de los Ríos (*Una excursión a las ruinas de la Sisla*, 1910), que el cuchillo era venerado por los fieles el 25 de febrero de cada año, día del apóstol san Matías. Los monjes permitían besar la reliquia a cuantos acudían al monasterio.

La espada estuvo en el cenobio jerónimo hasta la Guerra de la Independencia, cuando se trasladó por seguridad al convento de las jerónimas de San Pablo «para que no fuera robada por los franceses». Tras el conflicto, retornó a la Sisla en 1814. Allí permaneció seis años más y, en 1820, debido a la expulsión de los frailes de su ancestral emplazamiento por la desamortización, la madre abadesa de las jerónimas de San Pablo escribió una carta al entonces arzobispo de Toledo, Luis María de Borbón y Vallabriga, con fecha del 25 de octubre, solicitando la entrega del cuchillo. La reclamación fue aceptada y la espada se confió a las monjas. Fue el padre prior fray Francisco Moreno de Guadalupe en persona el encargado de la cesión.

En el convento de San Pablo permaneció hasta la Guerra Civil, momento en el que desapareció de las páginas de los libros para pasar a los periódicos, a un medio de difusión efímero y cambiante, si bien su condición de testigo de la historia alcanza la categoría de sobresaliente.

Al llegar las tropas republicanas a la ciudad, con el reducto del Alcázar sublevado y atrincherados allí militares y guardias civiles, lo primero que hicieron fue tomar los conventos de la ciudad para usarlos como cuarteles. Se arrestó a las monjas y el pretérito cuchillo comenzó entonces a sufrir una serie de avatares. La historia posterior se mezcla con la nebulosa. Hay algún testimonio de las eventualidades que pasó el arma. El más fehaciente es el relatado por una de las conventuales quien, «anciana e impedida», permaneció en el monasterio durante el desalojo y arresto de las religiosas.



Francisco Franco como cadete de la Academia de Infantería de Toledo.

El artículo del diario *El Alcázar* narra cómo esa sierva de Dios contó que el demandadero del convento arrojó la espada, junto a una escopeta vieja que guardaba, a un pozo horadado en un patio conventual antes de que entrasen las tropas republicanas. A partir de esta irrupción se perdió el rastro de la reliquia, aunque nunca se hizo borrón y cuenta nueva sobre ella.

Pero, ¿quién decidió buscar en 1950 un cuchillo que prácticamente había sido olvidado después de permanecer escondido más de una década? Alguien que lo tenía muy presente desde antes de 1936.

La orden de iniciar tan peculiar búsqueda partió del propio general Franco. Desde que en 1907 entró como cadete en la Academia de Infantería de Toledo quedó fascinado por la historia de la espada y, según relatos de las propias monjas jerónimas, solía acudir a venerar el cuchillo. Un ornamento devocional que, hasta 1936, era expuesto en la iglesia conventual cuando se abría al culto y acudían los fieles.

Iniciar la búsqueda en 1950 tenía una intención prioritaria, según se recoge en la prensa de la época, y era recuperar

la reliquia para poder regalársela al papa Pío XII con motivo del recién declarado Año Santo y, de paso, limar las asperezas entre España y el Vaticano, ya que por entonces se negociaba la firma de un nuevo concordato.

Los trabajos de recuperación de la espada fueron un acontecimiento en la ciudad. Los bomberos llegaron a descender al pozo del convento para encontrar la reliquia, buscaron por todos los tejados y se tiraron varios tabiques sin éxito. No había rastro del arma.

Da la impresión de que la obsesión de Franco por el cuchillo de san Pablo le persiguió durante años. Quienes se dedicaron a biografiar su figura no inciden sobre la fijación con otro talismán de manera tan persistente, a excepción de «la mano mila-

grosa de Santa Teresa», un relicario compuesto por un guante de plata con dedos engalanados por piedras preciosas que guarda en su interior los supuestos restos incorruptos de la santa. También destaca el hecho de que en su lecho de muerte le trajeran el manto de la Virgen del Pilar para colocarlo a los pies de su cama. Así como las interpretaciones herméticas de su vitor, que apareció de la nada para celebrar su victoria militar y desapareció casi de igual forma; o su animadversión a la masonería, a pesar de que dos de sus hermanos muy posiblemente lo eran; o la simbólica arquitectura de su faraónica tumba en el Valle de los Caídos. Son muchos los elementos que refuerzan la idea de que Franco, al igual



Recorte de *El Eco Toledano*.
*Diario defensor de los intereses
 morales y materiales de Toledo y
 su provincia*. Año IV. Número
 625. 24 de enero de 1913.

que otros dictadores de la primera mitad del siglo XX, tenía tendencias ocultistas que, en el caso español, enraizaban con el catolicismo.

Sin éxito en la búsqueda de la reliquia paulina pasaron los años, hasta que, en 1967, se produjo lo que la prensa de la época catalogó como «un hallazgo providencial». Fue entonces cuando en los archivos del Museo de Santa Cruz se encontró un pergamino, compuesto por dos hojas de vitela cosidas, en el que se dibujaba el cuchillo tanto en su anverso como su reverso.

El historiador toledano Julio Porres consideró que el documento era obra de Francisco de Santiago Palomares y de su hijo Dionisio, eruditos toledanos y anticuarios que se dedicaron, entre otras ocupaciones, a catalogar armas y contrastes de maestros armeros toledanos en el siglo XVIII.

Con este documento se reavivaron las ascuas de unas pesquisas que habían estado apagadas durante bastantes años. De nuevo el régimen franquista inició una campaña en prensa para dar a conocer la historia y tratar de encontrar algún rastro. Se apuntó también la posibilidad de que la televisión naciente fuera una buena herramienta para propagar la imagen del cuchillo, por si alguien conocía su paradero. Todo fue en vano.

Finalmente, ante la falta de éxito pero con tan completa descripción, se optó por realizar una réplica. Los artesanos de la Fábrica de Armas de Toledo se encargaron de dar forma al objeto con las indicaciones registradas en el pergamino del Santa Cruz. Un artículo del periódico *ABC* narra cómo, el 3 de diciembre de 1967, se hizo entrega a Franco de una de las réplicas en la finca Castillo de Higuera, en Mocejón, de manos del gobernador civil Thomas de Carranza. Este representante político la recibió a su vez del ingeniero jefe encargado de la Fábrica de Armas en aquella época, Buena-ventura Osset Rey. Horas antes de ser entregada, se asegura que se les mostró a las monjas del monasterio de San Pablo, quienes, según recoge la crónica del periódico, «debido a la calidad de la copia creyeron encontrarse ante la auténtica».

El 14 de junio de 1969 el cardenal primado de Toledo, Vicente Enrique y Tarancón, recibió la otra presunta réplica de la espada como regalo también de la Fábrica de Armas.

Curioso obsequio para una figura de la Iglesia que protagonizó duras disputas con el entonces jefe del Estado y a quien, tras la muerte del dictador, se le iba a tener muy en cuenta por su talante conciliador, al actuar como moderador de algunos de los conflictos surgidos durante la Transición.

Así se cerró la búsqueda del cuchillo de san Pablo. La sombra del misterio ha sido casi permanente y ha permanecido oculta en la memoria de los que la vivieron hasta que se han vuelto a juntar de nuevo los fragmentos de esta peculiar historia. Y es que, a la hora de desvelar las incógnitas, conviene empezar por responder a preguntas como las siguientes: ¿Dónde están actualmente las dos supuestas réplicas de la espada? ¿Qué pasó con ellas a la muerte de Franco y al fenecer el cardenal Tarancón? Otro enigma.

Ante tal maremágnum de escenarios posibles, y antes de formular hipótesis, conviene adelantar algunos hechos. Patrimonio Nacional, organismo público dependiente de la Presidencia del Gobierno y responsable de los bienes de titularidad del Estado español, no tiene actualmente la singular espada en sus inventarios, tanto en el existente en el Palacio Real de El Pardo, donde residió Franco, como en los cedidos a préstamo a otras instituciones a lo largo del país. No hay referencias en unos u otros a ningún objeto que se corresponda con la descripción de la espada. Eso sí, las pistas obtenidas al respecto remiten a la existencia, entre los fondos del toledano Museo de Santa Cruz —antigua Biblioteca Provincial— del pergamino del siglo XVIII que permitió elaborar las réplicas.

La Fundación Francisco Franco no tiene constancia del objeto. Tampoco recuerda nada relativo al día en el que su abuelo entregó la espada al dictador Fernando Campoy, un nieto del entonces ingeniero jefe de la Fábrica de Armas, Buenaventura Osset.

Los que sí es claro y evidente es que el Museo de Santa Cruz tiene aún entre sus fondos el citado pergamino. La dirección del centro confirma que pudo exhibir desde 1996 a 2010 una réplica de la espada, un instrumento que les llegó cedido por el Museo del Ejército y que ya devolvieron. El objeto se conserva actualmente en los fondos no expues-

tos de dicho museo. Germán Dueñas, conservador jefe del departamento de armas de este centro museístico, confirma que una de esas potenciales espadas fabricadas en la ciudad les llegó a través de «fondos de la antigua Fábrica de Armas». El conservador no descarta la conjetura de que se hicieran más réplicas, además de ésta.

El arzobispado de Toledo tampoco tiene constancia de que entre el patrimonio que dejara el cardenal y arzobispo Enrique y Tarancón, antes de pasar a su sede madrileña, se encuentre nada parecido al cuchillo de san Pablo. Mientras que en el de Madrid, siguiente destino del purpurado, confirman que ni en los inventarios de la catedral de la Almudena ni en el palacio episcopal consta la existencia de ninguna espada o réplica que perteneciera a monseñor Vicente Enrique y Tarancón. Una vez más, la historia se repite y los rastros de la reliquia, ya sea copia o no, se difuminan bajo la espesa bruma del misterio.

En este acumular noticias para deshacer el nudo gordiano tiene un especial interés la exposición que sobre los acontecimientos hace una antigua madre superiora del convento de San Pablo. Se llama Teresa Goñi, cuenta con 87 años y goza de una enorme lucidez. Navarra de nacimiento, entró como novicia en el convento en 1947 y revive a la perfección la primera búsqueda de la espada, una narración que vocaliza sin recibir por mi parte las posibles contaminaciones de la historia plasmada en la prensa de la época. Éstas son las palabras que, como testigo presencial de la búsqueda de 1950, rememora: «Vinieron (miembros del cuerpo de bomberos municipal con permiso de las autoridades) y nos dijeron que iban a buscar la espada, y que si la encontraban nos arreglarían el convento. Dejaron todo patas arriba, tiraron varios tabiques y se fueron dejando las cosas peor que estaban». No hallaron nada.

Aclara además que «buscaron en la mina», para referirse, no al pozo del patio del convento, como afirma la creencia general, sino a una especie de aljibe que abastece de agua al recinto, «pero no la encontraron». Las promesas del arreglo de aquella casa monasterio no fueron nada más que palabras vacías.



Claustro del convento de las Jerónimas de San Pablo
Foto: Yolanda Lancha.

La madre Teresa tiene otra versión de los hechos sobre la desaparición de la reliquia. Una interpretación que contradice la oficial, la registrada en la prensa. Le llegó de boca de dos de sus hermanas de sangre, que eran novicias cuando estalló la contienda civil de 1936 y que fueron testigos de lo sucedido. «Los soldados entraron en el convento y cuando sacaban detenidas a las monjas uno de ellos, en la portería, tenía en su mano la Espada de san Pablo. Algunas hermanas gritaron que la soltara, que era una reliquia, pero él se limitó a decir que era un arma para intentar matarles y que la iba a confiscar», relata. ¿A dónde fue a parar? ¿Se destruyó o se conservó escondida en algún sitio fuera del cenobio?

Con testigos, sin pozo y sin poder contrastar la teoría de la ocultación por parte del difunto demandadero, del cual siempre se ha supuesto que la ocultó, el destino de la espada original sigue siendo un enigma. Actualmente, la única réplica conocida está guardada entre los fondos que mantiene sin exponer el Museo del Ejército. Protege vivo el legado y es el recuerdo de un mito, del cual, presumiblemente, aún no se ha escrito la última palabra. En las páginas siguientes trataré de dar nueva luz a tantas sombras.